

XVIII.

Un lobo de mar.

Francia tenía entonces un gran almirante, aunque no se titulara así. Éste era el príncipe de Tourville, que ya he nombrado anteriormente. Era muy querido, porque poseía todas las virtudes de su profesión: valiente hasta la temeridad, hermoso como pocos, y sin miedo al fuego ni al agua, era querido en todas partes. Reconciliaba los partidos realistas, y consolaba á los imperialistas haciendo recordar las glorias de Napoleón. Las mujeres le adoraban.

Como todos los marinos que saltan en tierra, procuraba aprovechar el tiempo, haciendo grandes destrozos entre esas virtudes que no desean más que ser destrozadas.

Esther no podía llevarse un centro de mesa cada vez que comía en casa del Ministro. ¿Sabén Vds. lo que se llevó después? Un hombre. El Ministro, que tenía buenos ojos y buen oído, vió el prólogo de la comedia. Así fué, que dijo á Esther:

—Supongo que no tendré necesidad de prestar á V. hoy mi carruaje.

—¿Por qué?

—Bien lo sabe V.

El Ministro pronunció estas últimas palabras, fijando en Esther una mirada severa; pero la joven no tomaba consejos de nadie. Se llevó al príncipe de Tourville. Pero desde aquel día, Esther fué al ministerio, pero no volvió más al hotel del Ministro. Esto no impidió que la viera, pero en el teatro. Hasta entonces, sus amigos y amigas habían defendido á capa y espada la acrisolada virtud de la Comedianta.

¿Y M. Matador? ¡Calumnia solo!—decían.

¿Y M. de La Marche?—Un enamorado por cartas.

No querían que cayera el ídolo. Pero cuando la vieron con el príncipe de Tourville, ya nadie la defendió. Las mujeres de mundo divulgaron bien pronto la caída de Esther, porque les arrebatava un Príncipe. Mientras que sólo la acusaban de aprisionar un noble como M. de Ravigny ó un hombre elegante como M. de La Marche, murmuraron un poco por lo bajo; ¡pero un Príncipe tan encantador! ¡pero el gran almirante! Eso era ya muy diferente.

Corrió el rumor de que el marino, antes de aquel encuentro, había escrito á Esther:

¿Dónde?—¿Cuándo?—¿Cuánto?

Y que para continuar la broma le había contestado ella:

En tu casa.—Esta noche.—Nada.

Lo mismo que los matrimonios, tienen los amores su luna de miel. El Príncipe y la Comedianta estaban en plena luna de miel, cuando apareció M. de La Marche. Éste era un hombre de talento, que decía como Francisco I: «Muy loco es el que se fía.» Aunque advertido por el público rumor, se presentó en casa de la Princesa, como si no supiera una palabra. Fué acogido con una alegría perfectamente fingida; además, que había sido demasiado amado para que se hubiera borrado su recuerdo de aquel corazón arrastrado por la tempestad; pero aquel corazón era leal, porque era valiente.

Esther mudó de opinión; no quería engañar al Príncipe, ni á su primer amante.

—Mi querido amigo (le dijo); le quiero á V. bien, pero...

M. de La Marche la interrumpió:

—Ahí encuentro ya dos palabras de más, mi querida Esther: el bien y el pero. El hombre prudente siempre está preparado á todo. La quiero á V. no bien, sino mucho más, pero no quiero ser engañado.

—Tiene V. razón. ¿Por qué ha vuelto V. tan pronto, ó, mejor dicho, por qué se marchó V.?

—Mi bella amiga, los ausentes tienen culpa...

en volver; pero quizás tienen razón.... en partir. Porque, después de todo, hay siempre un momento en que la mujer concluye por caer en la boca del lobo. Esto es mucho peor cuando es un lobo de mar.

Después de pronunciar estas palabras, M. de La Marchese inclinó, y se dirigió hacia la puerta.

—¿Volverá V. el próximo año?

—No; se rehace una fortuna, pero no se rehace el amor.

¡Trece años estuvieron sin verse!

El número trece jugó siempre un gran papel en aquella existencia entregada á las supersticiones.

XIX.

Por un brazalete, por un traje, por un Príncipe.

Se ha visto muchas veces reñir las mujeres por un hombre. Esther riñó con dos de sus amigas por un brazalete y por un traje. La primera comedianta del mundo tenía todos los orgullos; si estaba en un salón, no quería que ninguna mujer estuviese mejor vestida que ella; si llevaba una alhaja, le desagradaba que llevaran otra parecida.

La condesa de L... se había entusiasmado con un traje corto que tenía Esther, y envió á su costurera á casa de aquélla, bajo pretexto de venderle algunas telas orientales, con el objeto de ver si conseguía poder enterarse del dibujo y forma del vestido. Efectivamente, fué, y, como era natural, se habló de trajes. Esther no se hizo de rogar para enseñar los suyos. La costurera comprendió tan perfectamente, al primer golpe de vista, el dibujo y forma de la envidiada prenda, que le hizo á la Condesa otro completamente igual. Esto pasaba casi en el gran mundo.